

de treinta años de labor crítica sobre las letras europeas (con alguna curiosa excepción como Emerson). La crítica no es, para Curtius, ni erudición petrificada ni ejercicio de jergas y terrorismo académico, tal cual se nos aparece en repetidas embestidas profesoriales de ayer y de hoy. Es una tarea espiritual, «entender el entender», explorar el saber del arte, según sugiere su citado Schlegel, o, como él mismo precisa, «crítica es la literatura de la literatura... la forma literaria que tiene por objeto la literatura.»

El artista, según Curtius, es un órgano de la totalidad, alguien que es capaz de intuir correspondencias universales y que posee la facultad de dar a estas intuiciones una forma, o sea un grado de objetividad. Siendo las posibilidades humanas limitadas, cada tanto recurren los mismos elementos, y así es que se forma el tesoro de los clásicos, la inactualidad insistente de ciertos nombres.

Una cultura compleja, sutilmente arquitrabada y formulada en un discurso fluido y elegante, permite a Curtius pasar de Virgilio a Goethe, Schlegel, Hofmannsthal, Stefan George (al que evoca personalmente), Hesse, Balzac, Cocteau, Joyce, Eliot, Toynbee y algunos modernos españoles (Unamuno, Ortega, Pérez de Ayala, Guillén). Como Steiner, como Starobinski, como Barthes, Curtius actúa con libertad y no pierde jamás de vista que la literatura es, ante todo, la experiencia de un lector que disfruta de su contacto constante e intermitente con ciertos textos. No es un modelo, es un ejemplo.

A demain De Gaulle

Régis Debray

Gallimard, París, 1990

A veinte años de su muerte, Charles De Gaulle, escritor, político y también militar, es objeto de un justo y curioso revival. Este personaje irónico y estatuario, de un atildamiento anticuado y una arcaica filosofía de la historia, resulta ser uno de los conductores europeos más perspicaces y clarividentes. Cuando tanta petulancia doctrinaria ha ido a parar al museo arqueológico, la Europa de hoy y el naciente sistema mundial de administración, con su reafirmación nacional unida a la integración de las regiones, aparecen como claramente «golistas».

Debray, antiguo asesor del Che Guevara y del presidente Mitterrand, aprovecha su relectura del general para

autorretratarse en medio de una generación, la que montó el *happening* de mayo del 68 y apostó por la revolución liberadora del Tercer Mundo. Una generación que endiosó el ideologismo, la ideocracia, desdeñó la historia y acabó devorada, cuando no triturada, por la historia misma. Lo contrario de De Gaulle.

Debray perteneció a los profesionales de la revolución, «élite feudal del internacionalismo», ajenos a la textura de las cosas, autodestructivos. El Che, hablando de marxismo a los indios del Chaco boliviano, abandonado por los poderes terrenales y acribillado por el terrorismo blanco, fue su héroe y su espejo negro.

De Gaulle, por el contrario, es el gran carácter que espera el azar histórico adecuado, la objetividad de los hechos que permite asumirlos como un destino. Hoy, cuando ha cesado su actividad política, podemos revelar sus textos a la luz del tiempo, de ese tiempo que se coagula, a cada rato, en presente, pero que es, sobre todo, memoria. Debray define como tal al Estado y De Gaulle deviene «Un Proust de la esperanza colectiva». Esto le permite hacer subsistir a la Francia entregada e invadida de 1940, cuando Francia es casi nada. Y transformar un imperio colonial en liquidación (1958) en una potencia tecnológica. Y pensar en Europa como la que estamos viendo hoy, de los Urales al Atlántico, con el renacimiento de naciones como Alemania, Polonia y Rusia, esperando convivir, no en una utópica federación sin federador, sino en una estructura de cooperación.

El autor estudia finamente la diferencia entre De Gaulle y la derecha atávica francesa, que no vieron las izquierdas de hace treinta años, simplificadoras y prejuiciosas. El general era patriota, pues concebía la nación como la mediación entre el individuo y la humanidad. Pero no era nacionalista, pues no imaginaba a Francia como un universo tribal.

Esta visión de balance sobre De Gaulle, permite a Debray comparar su herencia con la de la izquierda, enajenada al tercermundismo, ese mesianismo de los oprimidos anteriores a la revolución industrial, gobernado por «hacedores de lluvia» como Nasser, Sekout Touré o Fidel Castro. Seducida por este arcaísmo y por el nacionalismo soviético, la izquierda consideró a De Gaulle una momia, pero el superviviente a la inhumación de las leyendas es él y no los otros. «Si la historia es trágica», dice Debray, «es porque, en el momento, no se comprende nada de ella; que se

lo atraviesa sin ver nada de él. Lo trágico no reside en la masacre, sino en el malentendido» (pág. 73).

De Gaulle es, por su actitud ante el cambio histórico y su relación dialéctica con la historia viva, un ejemplo a tener en cuenta para la izquierda del futuro, si no quiere convertirse en el panteón de las buenas conciencias o en la administradora de un mundo competitivo, destructivo y narcisista. Una izquierda sin nostalgias del heroísmo derrotado, sino dispuesta a encauzar el torrente de la vida colectiva.

Hombres en tiempos de oscuridad

Hannah Arendt

Traducción de Claudia Ferrari, Gedisa, Barcelona, 1990

A través de algunas semblanzas personales, Arendt traza un perfil de nuestro siglo, a contar desde Lessing, que se sitúa en las fronteras de la débil e inconsecuente Ilustración alemana: Rosa Luxemburgo, Karl Jaspers, Isak Dinesen, Hermann Broch, Walter Benjamin y Bertolt Brecht.

Los tiempos de oscuridad resultan del apagamiento de las Luces, sea por la negación radical de sus principios en el oscurantismo fundamentalista de nuestros totalitarismos, sea por el cumplimiento perverso de alguno de sus proyectos: sometimiento de la naturaleza, negación de lo sagrado, instrumentación de la vida humana en aras de principios abstractos, entre ellos la libertad, la igualdad y la razón.

Inquietudes constantes de Arendt reaparecen en esas evocaciones: el destino solapado y constante de la cultura judía, Europa como realidad y abstracción, la revolución socialista y sus traducciones, los vínculos entre el Estado y el individuo. Su mejor logro es el retrato de Benjamín, un niño acosado por el terror del poder, que juzga pesimistamente a la cultura desde la cultura y se encamina al suicidio sacrificial como única vía de salida para un mundo histórico concluso e inerte.

Arendt siempre lucha contra las inquisiciones y así vemos cómo simpatiza con la aventura de Dinesen y la militancia de Luxemburgo, condenada a la soledad y el asesinato, y tras ellos, al olvido de los censores estalinistas. Simpatiza, en general, con el combatiente solitario cuyo lugar inestable es el exilio o el sonambulismo, su pacto y su traición respecto a los poderes: Broch y Brecht. Acaso vislum-

bra que toda tarea intelectual es incierta y que deja de serlo cuando abraza la certidumbre del dogma o de la victoria.

B.M.

Nuestra alma

Alberto Savinio

Editorial Siruela, Madrid, 1990

Esta editorial ya ha editado, en la misma colección, Libros del Tiempo, otra obra de este singular escritor italiano, *La infancia de Nicasio Dolcemare*. Ahora, también en buena traducción de César Palma, nos ofrece estas dos novelas cortas, «Nuestra Alma» y «El señor Münster». El primero de los relatos apareció en una pequeña edición de 1944. El tema tiene como fondo el mito de Eros y Psique, es decir que trata de las tribulaciones del amor. La segunda narración fue publicada en 1943 y en ella un hombre asiste al espectáculo de su propia muerte. Es el otro lado, distinto y complementario, del tratado en «Nuestra Alma». Viviendo de cerca la muerte el personaje puede decir, como Montaigne, que la premeditación de la muerte es la premeditación de la libertad. A través de ambas relaciones asistimos, con la ironía e inteligencia que caracterizan a Savinio, a una visión de la eternidad. Quizás este párrafo perteneciente al segundo de los relatos, lo exprese: «Al descubrir esta inversión de posiciones, tener la cara vuelta hacia atrás, el señor Münster comprendió finalmente cuán especial era la atención que el destino había tenido con él al ofrecer a sus ojos de muerto esa magnífica visión del pasado, es decir, la visión del porvenir donde él estaba por entrar; y terminó su muerte con la visión inefablemente feliz de un nacimiento consciente y que el hombre ha elegido por su cuenta»

Droga y ritual

Thomas Szasz

Traducción de Antonio Escohotado, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1990

El traductor y prologuista de este libro es, además, una de las mayores autoridades españolas en la historia de las

drogas. A él se debe precisamente la *Historia de las drogas*, obra en tres volúmenes publicada por Alianza. Escotado nos indica que esta obra de Szasz publicada originalmente en 1975 es un trabajo sin precedentes por la precisión de sus análisis y la amplitud de su perspectiva. Esta obra trata de dilucidar los acontecimientos que constituyen el llamado problema de las drogas, uno de los principales que, con raro acuerdo, están dispuestos pueblos y gobernantes a perseguir. El fin del libro es demostrar que se prohíbe y se promociona las mismas (pueden ser varias) sustancias tóxicas. Por otro lado trata de identificar el tipo de noción y la categoría lógica a que pertenece dicho fenómeno para concluir que dichos grupos forman parte de los chivos espiatorios a los que, ritualmente, se han perseguido por otros nombres (brujas, judíos, demones). La prohibición pues, está más allá de lo político y de la seguridad, en los sentimientos religiosos y morales: el bien y el mal. Es una obra polémica, documentada y muy inteligente sobre una cuestión en la cual los estados mantienen una de las actitudes más ambiguas e irracionales. Tal vez este libro que ahora aparece en español ayude a demitificar su situación.

56 días

Georges Perec

Texto establecido por Harry Mathews y Jacques Roubaud, traducción de J. A. Torres Almodóvar, Mondadori, Madrid, 1990

Perec, como es sabido, participó de ese grupo de escritores franceses que empiezan a reunirse alrededor de ese movimiento llamado *Ouvroir de la littérature potentielle*, fundado por François Le Lionnais y Raymond Queneau en 1960 y del que formaron parte Marcel Benabou, Jacques Bens y, desde el exterior, Italo Calvino y Marcel Duchamp entre otros. Es decir, una literatura y una acción que tienen mucho que ver con la tradición literaria que halla uno de sus mejores momentos en Mallarmé. La poesía de Perec es prácticamente desconocida en España.

La obra que ahora presenta Mondadori quedó inconclusa; estaba trabajando en ella cuando le sobrevino la muerte. Esta edición incluye el texto que ya tenía redactado, once de los veintún capítulos previstos y, por otro lado, la abundante carpeta de notas y borradores dejada por el

autor. El resultado es un texto verdaderamente laberíntico que al mismo Perec le hubiera atraído. Un golpe de muerte, en este caso, no pudo abolir el azar: esta atomización de alfabetos y notas de estos *53 días*, que es un homenaje a Stendhal.

Manuscrito encontrado en Zaragoza

Jean Potocki

Edición íntegra establecida por René Radrizzani, traducción española de Amalia Alvarez y Francisco Javier Muñoz, Palas Atenea, Madrid, 1990

El conde polaco Jean Potocki (1761-1815) fue un apasionado de los viajes y de los estudios. Fue un noble ilustrado (llegó a conocer casi todos los idiomas europeos y las lenguas clásicas, además de una cultura enciclopédica). Adelantándose a los viajeros románticos, Potocki hizo varios viajes por los países de sur de Europa. En su primer viaje llegó hasta Túnez donde el príncipe Alí-Bey le recibió en su palacio, episodio del que hay algún eco en esta obra. Después de Túnez, Potocki visitó España, país que le impresionó más que ningún otro. Por entonces reinaba Carlos III, un rey ilustrado que iba muy bien con sus ideales. Tal vez, pero no está comprobado, visitó a Goya. A continuación hizo otra serie de viajes, desde 1781 a 1784, por Turquía, Grecia, Egipto, Albania y Montenegro. Todo ello está recogido en las cartas que le escribió en este periodo a su madre, *Voyage en Turquie et en Egypte* (1788). Era un personaje divertido que en ocasiones gustaba de vestir a la turca. Se casó al regreso de este viaje con una princesa, para que la realidad no fuera inferior a los ensueños literarios.

Hombre ilustrado, conoció en París a los enciclopedistas y fue admirador de Diderot, Buffon y D'Alembert. Sin embargo sus ideas revolucionarias eran más liberales que las de los que hicieron posible la revolución francesa. En fin, su vida merece un recuento demasiado detallado.

Su novela *Manuscrit trouvé à Saragosse* fue publicada en dos partes, 1804/5 y 1813. Fue editada de nuevo, pero parcialmente, por el gran crítico francés Roger Caillois, en 1958, y esa era la edición que, traducida con competencia por José Luis Cano, se conocía hasta la fecha en español.

Ahora se nos brinda, siguiendo la edición de José Corti (1989) establecida por Radrizzani, la posibilidad de conocer en nuestra lengua la totalidad de la obra, una de las más bellas de la literatura de viaje y fantástica del siglo XIX.

Páginas hebraicas

Arnaldo Momigliano

Mondadori, Madrid, 1990

Arnaldo Momigliano nació en Caraglio (Cuneo) en 1908 y falleció en Chicago en 1987, cuando aún no había salido en Italia la edición que se acaba de traducir al español. Perteneció a una familia judía de importancia, culta y activa. El hermano de su abuelo, Amadio Momigliano, fue su gran educador en la tradición hebrea. Con él vivió hasta su muerte en 1924. El le enseñó hebreo e incluso preparó especialmente para el joven estudiante una gramática hebrea. Creció en un ambiente en el que se hacía evidente que el encuentro se la cultura hebraica con la griega y el surgimiento del cristianismo constituyen el momento decisivo de nuestra civilización. Uno de sus familiares fue el gran crítico Attilio Momigliano, autor de una célebre obra sobre Mazzini y la no menos conocida sobre *Orlando furioso*.

La primera parte de este libro está dedicada al judaísmo antiguo y analiza, sobre todo, las relaciones entre el helenismo y el judaísmo centrándose en la figura de Flavio Josefo. En la segunda parte traza varios retratos intelectuales y vitales de escritores ligados a sus raíces hebreas, pertenecientes todos a los dos últimos siglos: Jacob Bernays, Eduard Fraenkel, Gertrud Bing, Elias Bickerman, Walter Benjamin, etc. El libro se cierra con un apéndice en el que comenta *Los hebreos en Venecia* de Cecil Roth y un artículo de Gramsci sobre esta recensión. En español es fácilmente encontrable, del mismo autor, *La sabiduría de los bárbaros*, una obra sobre los límites de la helenización (FCE).

La pipa de opio

Théophile Gautier

Traducción de Elena del Amo, Editorial Siruela, Madrid 1990

Paul Groussac, en un ensayo sobre el romanticismo francés, escribió que junto a los cuatro grandes escritores de este movimiento, había que situar muy a continuación a varios que resaltaban, más aún que los más destacados, los rasgos del romanticismo, entre ellos el «impecable» estilista Théophile Gautier. Mucho mayor fue la admiración que profesó por él Baudelaire quien escribió un ensayo sobre el célebre viajero y novelista y a quien dedicó *Las flores del mal* (1857). En realidad, ambos se admiraron. Nuestro escritor nació en 1811 y murió en 1872. Comenzó a como pintor pero pronto se sintió fascinado por las letras. Empezó a significarse por su apasionada defensa de *Hernani*, una obra que marcó a la generación romántica. Sobre el año 1836 inició su copiosa producción periodística que cultivó hasta su muerte. Viajó por nuestro país, cuyas impresiones quedaron plasmadas en el relato *Tras los montes* (1843). En 1852 publicó su obra poética más perfecta y más reconocida, *Emaux y camées*. Más tarde abordaría la novela histórica. Su obra se caracteriza por el manejo de una gran variedad de géneros, entre los que destaca el cuento en el que alcanzó algunas de las cotas mayores de su siglo. Los que se recogen en la colección *El ojo sin párpado*, bajo el título de uno de ellos, fueron escritos entre 1831 y 1856. Su antiacademicismo, su deliberada búsqueda de nuevos caminos para la imaginación literaria, dieron a estas obras un sello inconfundible que las sitúan entre las mayores de la creación fantástica.

J.M.